

Sí, pero

Sketches · Obra de 9 personajes · 4 mujeres, 3 hombres, 2 indistintos · 28 min · Principiante

Un sábado de junio, en el ayuntamiento, Camille celebra bodas como cada semana desde hace doce años. Pero ese día, en cada ceremonia, alguien responde «sí, pero»: dos testigos que no se conocen, una novia que pone condiciones, una hija que no quiere ver a sus padres volver a casarse. Y Marco, el recepcionista, ha pedido el traslado a un pueblo junto al mar.

La sala de bodas de un ayuntamiento de barrio, un sábado de junio, de las diez de la mañana a las cuatro de la tarde.

Reparto

CAMILLE (Sin marca de género, Adulto) rondando los cincuenta, miembro del pleno municipal desde hace veinte años, celebra las bodas de los sábados desde hace doce.

MARCO (Papel masculino, Adulto) 56 años, recepcionista del ayuntamiento desde hace veinte años, trata de usted a Camille desde el primer día.

SAM (Sin marca de género, Joven adulto) 27 años, firma el registro por la novia de las diez y cuarto, a la que conoce desde preescolar.

INÈS (Papel femenino, Joven adulto) 26 años, hermana del novio de las diez y cuarto, y su testigo.

ELENA (Papel femenino, Adulto) 35 años, se casa a las once y media.

RAFAEL (Papel masculino, Adulto) 38 años, su futuro marido, hace listas.

MILA (Papel femenino, Adulto) 45 años, hija de Rosa y Victor, testigo de su segunda boda.

ROSA (Papel femenino, Sénior) 74 años, divorciada de Victor en 1993, vuelve a casarse con él hoy.

VICTOR (Papel masculino, Sénior) 77 años, antiguo y futuro marido de Rosa.

CUADRO 1 : LOS TESTIGOS

(Las diez. La sala de bodas: una mesa, un registro, un ramo en un cubo. Marco coloca sillas en fila. Camille repasa unas fichas.)

MARCO. Esta noche hay baile, en la plaza.

CAMILLE. Ya lo sé. Han colgado los farolillos delante de mi despacho. He tenido que pasar por debajo a gatas.

MARCO. Me preguntaba si usted...

CAMILLE. ¿Si yo?

MARCO. Si le gusta bailar.

CAMILLE. Sí. Pero tengo que terminar el registro, tres bodas, y mi vecina me devuelve el taladro a las ocho.

MARCO. ¿Su vecina le devuelve un taladro un sábado por la noche?

CAMILLE. Es una vecina muy organizada.

MARCO. Habrá orquesta. El trompetista de la banda municipal, y su hija al acordeón.

CAMILLE. ¿La que tocó la marcha nupcial al revés, en primavera?

MARCO. Ha mejorado mucho.

(Marco coloca una silla que ya estaba colocada. Sam aparece en la puerta, con un sobre en la mano.)

SAM. Buenos días. ¿Es aquí la boda de Nora y Paul?

CAMILLE. A las diez y cuarto. Llegó usted con mucha antelación.

SAM. Firmo por Nora. Quería ver el terreno. Dónde hay que ponerse, dónde se firma, dónde se llora.

MARCO. Para llorar, mejor la segunda fila. Para firmar, aquí: a la izquierda y a la derecha.

(Inès entra corriendo, con un zapato en la mano.)

INÈS. ¿No han llegado? He venido corriendo desde el metro. Se me ha roto un tacón en la escalera.

SAM. Todavía no. ¿Tú de qué parte eres?

Sí, pero

INÈS. De parte de Paul. Soy su hermana. Testigo. ¿Y tú?

SAM. De parte de Nora. Desde preescolar. Pasamos la varicela a la vez.

INÈS. Ah. Entonces tú eres Sam.

SAM. ¿Paul te ha hablado de mí?

INÈS. Me dijo: «Ya verás, Sam es una persona muy...» Y no terminó la frase. Sonrió. Me pareció sospechoso.

SAM. Nora me puso exactamente la misma sonrisa. Hablando de ti.

(Una pausa. Inès y Sam se miran, y luego miran a Camille.)

CAMILLE. Yo no sé nada. Yo caso a la gente, nada más.

(Vibra el teléfono de Inès.)

INÈS. «Avería del coche. Ya vamos. Ocupad la sala.»

SAM. ¿Ocupad la sala?

MARCO. Hay cuarenta invitados en el pasillo, y una tía que ya ha preguntado dos veces dónde están los servicios.

CAMILLE. No puedo hacer entrar a cuarenta personas para que miren dos sillas vacías.

MARCO. Puedo ofrecerles un café. Mi cafetera hace mucho ruido, eso entretiene.

CAMILLE. Adelante. Y ustedes dos, ya que están aquí, vamos a ganar tiempo. ¿Han preparado algo para leer?

SAM. Un textito. Sobre Nora.

INÈS. Yo también. Sobre Paul. Pero no lo leo delante de alguien a quien no conozco.

SAM. Yo tampoco.

CAMILLE. Pues preséntense. Tienen cinco minutos.

(Marco sale. Sam e Inès se quedan de pie detrás de sus sillas. Camille se instala en la cabecera de la mesa y rellena el registro.)

INÈS. Bueno. Empieza tú.

(Sam despliega una hoja.)

SAM. «Nora dice que sí a todo. Sí al karaoke, sí al gato callejero, sí a la ruta de veintidós kilómetros en sandalias. Durante veinte años, yo he sido la persona que decía: espera. Hoy, por primera vez, no tengo ganas de decirle espera.»

INÈS. Qué bonito.

SAM. Es demasiado largo.

CAMILLE. No es demasiado largo.

SAM. Gracias. Te toca.

INÈS. «Paul nunca dice que sí a la primera. Dice: me lo voy a pensar. Se lo pensó tres años antes de comprarse un sofá. Cuando me llamó para decirme que se casaba, le pregunté: ¿te lo has pensado? Me dijo: no. Es la primera vez.»

SAM. Eso sí que es bonito.

INÈS. Me lo aprendí de memoria en el metro. Por eso pisé mal un escalón.

SAM. Entonces Nora dice que sí demasiado deprisa...

INÈS. Y Paul no dice nunca que sí.

SAM. Están hechos el uno para el otro.

INÈS. O el uno contra el otro.

SAM. ¿Tú crees que eso funciona? ¿Dos personas que no se parecen en nada?

INÈS. Mis padres se parecían mucho. Se separaron por culpa del mismo defecto.

SAM. ¿Cuál?

INÈS. Los dos querían tener razón.

SAM. Yo he tenido razón toda la vida. Con Nora. Yo decía espera, y tenía razón. Tener razón es algo muy solitario.

INÈS. Hoy puedes equivocarte. Es una boda, nadie lo va a comprobar.

(Camille levanta la vista del registro. Marco vuelve, con una taza en la mano, y va a mirar por la ventana.)

MARCO. Perdonen. El coche averiado de sus novios, ¿es rojo, con lazos blancos en el capó?

INÈS. Sí.

Sí, pero

MARCO. Está aparcado enfrente. Desde hace veinte minutos. Están comiendo patatas fritas.

SAM. No tienen ninguna avería.

INÈS. Nos han dejado la sala. Adrede.

SAM. Es una trampa.

INÈS. Es una trampa con lazos.

(Una pausa.)

INÈS. Podríamos vengarnos. Nos vamos, y que se casen sin testigos.

CAMILLE. Imposible. Hacen falta dos testigos como mínimo. Sin ustedes, no hay boda.

SAM. Entonces nos quedamos. Pero después de la ceremonia, no nos volvemos a hablar. Para que aprendan.

INÈS. Sí. Pero después de la comida. Hay un plano de mesas, seguro que nos han sentado lado a lado.

SAM. Después del postre, entonces.

INÈS. Después del primer baile.

SAM. ¿Tú bailas?

INÈS. Mal. ¿Y tú?

SAM. Fatal.

INÈS. Bueno. Dejamos de hablarnos después del último baile.

SAM. Apuntado.

(Inès vuelve a ponerse el zapato roto. Sam le ofrece el brazo. Ella lo acepta. Inès y Sam salen a buscar a los novios.)

MARCO. ¿Ve? No es tan complicado. «¿Bailas?» «Mal.»

CAMILLE. Marco, haga pasar a los invitados.

MARCO. Sí. Pero me debe una respuesta.

CAMILLE. Ya se la he dado. He dicho que sí.

MARCO. Ha dicho «sí, pero».

Sí, pero

(Marco abre las puertas. Un rumor de voces y de tacones. Oscuro.)

CUADRO 2 : LAS CONDICIONES

(Las once y media. Camille hojea un expediente. Una hoja cae al suelo. Camille la recoge y la lee.)

CAMILLE. «Solicitud de traslado. Marco Ferri. Ayuntamiento de Granville.»
¿Granville?

(Marco entra con una pluma en un estuche.)

MARCO. La pluma de las firmas. La he cargado. ¿Qué...?

CAMILLE. Estaba en el expediente de Rafael y Elena. Entre dos partidas de nacimiento.

MARCO. La había guardado ahí para no verla más.

CAMILLE. Granville. Junto al mar.

MARCO. Tengo cincuenta y seis años y nunca he visto el mar en invierno.

CAMILLE. ¿Desde cuándo?

MARCO. Hice la solicitud en marzo. Contestaron el jueves. Hay una plaza en recepción, en septiembre.

CAMILLE. No me ha dicho nada.

MARCO. Usted no me ha preguntado nada. En veinte años.

(Elena y Rafael entran de la mano. Marco recupera la hoja y se la guarda en el bolsillo.)

MARCO. Los novios de las once y media.

CAMILLE. Buenos días. Pónganse aquí. ¿La familia viene detrás?

RAFAEL. Toda la familia. Mi madre está en primera fila. Lleva sombrero.

ELENA. Desde aquí se ve, el sombrero.

(Rafael saca una hoja doblada de la chaqueta.)

RAFAEL. He hecho una lista. Los que van a llorar. Mi madre, seguro. Mi tío, si ha bebido. Tu prima Ana: llora en todas las bodas, hasta en las de la tele.

ELENA. Rafael. Guarda la lista.

Sí, pero

RAFAEL. Ya la guardo.

(La guarda.)

CAMILLE. Voy a leerles algunos artículos de la ley, y luego les haré la pregunta. Una sola.

(Camille lee a media voz, pasando las páginas. Rafael asiente a cada artículo. Elena no le quita los ojos de encima a Rafael.)

CAMILLE. Rafael, ¿quiere usted tomar por esposa a Elena, aquí presente?

RAFAEL. Sí.

CAMILLE. Elena, ¿quiere usted tomar por esposo a Rafael, aquí presente?

ELENA. Sí, pero.

(Un silencio. Rafael se vuelve hacia ella.)

ELENA. Perdón. Me ha salido solo. Quería decirlo después de firmar.

CAMILLE. ¿Pero...?

ELENA. Sí, pero conservo mi apellido.

RAFAEL. Ya lo hablamos. Conservas tu apellido.

ELENA. Quería que quedara dicho. Delante de testigos.

CAMILLE. Queda dicho. Elena, ¿quiere usted...?

ELENA. Sí, pero se acabó ir todos los domingos a casa de tu madre.

RAFAEL. Hola, mamá.

ELENA. Un domingo de cada dos.

RAFAEL. Uno de cada dos. Muy bien. Pues yo también tengo mis «peros».

CAMILLE. Rafael, usted ya ha dicho que sí.

RAFAEL. Lo retiro. Provisionalmente.

CAMILLE. Eso no se hace.

RAFAEL. Lo dejo en espera.

(Marco saca una libretita del bolsillo.)

MARCO. ¿Lo apunto?

Sí, pero

CAMILLE. Marco.

MARCO. Por si hay litigio.

RAFAEL. El gato ya no duerme en mi almohada.

ELENA. El gato duerme donde quiere, es un gato.

RAFAEL. Pues en tu almohada.

ELENA. Vale.

MARCO. El gato: almohada de la novia.

ELENA. Tú recoges tus zapatos. Todos. No solo los que se ven.

RAFAEL. Vale. Y tú dejas de terminarme las...

ELENA. Frases. Vale.

(Risas en la primera fila. Rafael pone los ojos en blanco.)

MARCO. El apellido, los domingos, el gato, los zapatos, las frases. Me queda media página.

RAFAEL. Las vacaciones. Un año el mar, otro año la montaña.

ELENA. Y en la montaña, la mochila la llevas tú.

RAFAEL. ¿También a la vuelta?

ELENA. Sobre todo a la vuelta.

RAFAEL. Y cuando nieve, te despierto.

ELENA. ¿Aunque sean las cinco de la mañana?

RAFAEL. Sobre todo a las cinco de la mañana. Es cuando está más bonita.

MARCO. El mar... Qué bien, el mar.

(Camille mira a Marco. Marco pasa la página.)

CAMILLE. ¿Puedo decir algo? En esta sala he celebrado cuatrocientas doce bodas. Los que ponen condiciones no me preocupan. Esos se hablan. Los que me preocupan son los que no tienen nada que decir. Los que esperan a que el otro lo adivine. Durante años, a veces. Durante veinte años.

(Marco deja de escribir.)

RAFAEL. ¿Y usted? ¿Usted tiene condiciones?

Sí, pero

CAMILLE. Yo hago la pregunta. Nunca contesto.

MARCO. Apuntado.

ELENA. Hay una de verdad. Una condición de verdad.

RAFAEL. Lo sé.

ELENA. Cuando tienes miedo, haces listas. La compra, las facturas, las vacaciones en una tabla. Esta mañana has hecho la lista de la gente que iba a llorar. Todavía la llevas en el bolsillo. Quiero que me digas cuándo tienes miedo. Antes de la lista.

(Una pausa.)

RAFAEL. Tengo miedo.

ELENA. ¿Ahora?

RAFAEL. Desde que llegamos al ayuntamiento. Desde el aparcamiento, en realidad. Desde enero, si lo cuento bien.

ELENA. Yo también.

RAFAEL. Entonces mi condición de verdad es que te quedes. Incluso los días en que haga listas.

ELENA. Sí.

CAMILLE. ¿Es un sí sin «pero»?

ELENA. Es un sí.

RAFAEL. Y el mío, lo recupero. Sí.

CAMILLE. Entonces, en nombre de la ley, quedan ustedes unidos en matrimonio. Pueden firmar.

(Marco les tiende la pluma. Elena y Rafael firman, y luego dos testigos salen de la primera fila y firman a su vez. Marco arranca la hoja de la libreta y se la da a Rafael.)

MARCO. Regalo del ayuntamiento. Para la nevera.

RAFAEL. Gracias. La pasaré a limpio.

ELENA. Rafael.

RAFAEL. Es broma. Tengo miedo, nada más.

Sí, pero

(Elena y Rafael salen entre aplausos. Desde la primera fila les tiran pétalos. Marco los recoge.)

CAMILLE. Granville.

MARCO. Quieren una respuesta antes del lunes. Me la piden a mí. No a usted.

CAMILLE. ¿Y si alguien le pidiera que se quedara?

MARCO. ¿Quién?

CAMILLE. Alguien. Con una condición. Como ellos.

MARCO. Ese alguien tendría que decirlo. En voz alta. Delante de testigos, incluso.

CAMILLE. Sí. Pero son las doce, y todavía tengo una boda a las cuatro.

MARCO. Usted siempre tiene una boda.

(Marco sale con los pétalos. Camille se queda frente al registro abierto. Oscuro.)

CUADRO 3 : LA HIJA DE LA NOVIA

(Las dos de la tarde. La sala está vacía. Camille se come un bocadillo en el borde de la mesa, con el registro abierto al lado. Mila entra sin llamar.)

MILA. Buenas tardes. ¿Es usted quien celebra la boda de las cuatro? Rosa Lenoir y Victor Lenoir.

CAMILLE. Sí, soy yo. Tienen el mismo apellido, creí que era un error.

MILA. No es un error. Ya estuvieron casados. De 1976 a 1993. Soy su hija. Mila.

CAMILLE. Y su testigo, según el expediente.

MILA. Según el expediente. Vengo a pedirle un favor. Seguro que falta algún papel. Un certificado, una firma, un sello. Algo que obligue a aplazarlo todo. Al otoño. O a nunca.

CAMILLE. El expediente está completo. Su madre ha presentado incluso dos veces la partida de nacimiento.

MILA. Siempre lo hace todo dos veces. Se casa con mi padre dos veces.

CAMILLE. No quiere que vuelvan a casarse.

MILA. Quiero que se lo piensen.

Sí, pero

CAMILLE. A los setenta y cuatro y los setenta y siete años, han tenido tiempo.

MILA. Han tenido treinta y tres años. Yo tenía doce cuando se separaron. Durante seis años hice la maleta todos los domingos por la noche. Una semana con ella, una semana con él. Dos cepillos de dientes, dos pijamas, dos cumpleaños, dos árboles de Navidad. Y en marzo me llaman, como quien anuncia un viaje: «Nos volvemos a casar, cariño, vas a ser nuestra testigo.» Como si los treinta años de en medio fueran un paréntesis. Como si se pudiera cerrar el paréntesis.

(Una pausa. Camille deja el bocado.)

CAMILLE. ¿Qué quiere que haga?

MILA. Que les haga la pregunta de verdad. Por qué ahora.

CAMILLE. Yo hago una pregunta. Una sola. Y me contestan sí o no.

MILA. O «sí, pero».

CAMILLE. Eso es nuevo. Esta mañana he tenido un «sí, pero» de once minutos. Con un gato dentro.

MILA. A usted le hace gracia.

CAMILLE. A mí me parece algo vivo. Mire. Caso a gente de veinticinco años que cree que es para siempre. Y una vez al año, más o menos, a gente de setenta y cinco que sabe que nada es para siempre, y que viene igualmente. Esos son mis preferidos.

MILA. Son sus preferidos porque no fue usted quien tuvo que hacer las maletas.

(Un silencio.)

CAMILLE. Es verdad.

MILA. ¿Y un testigo puede decir que no?

CAMILLE. Un testigo no dice nada. Un testigo mira, y firma al final.

MILA. Entonces he sido su testigo toda la vida. He mirado. Y nunca he firmado nada.

(Marco entra con un teléfono de oficina en la mano, el cable tirante hasta la puerta.)

MARCO. Perdone. Ha vuelto a llamar Granville. Ya no quieren la respuesta el

Sí, pero

lunes. La quieren esta noche. Tienen otro candidato.

CAMILLE. Esta noche.

MARCO. Antes de las ocho.

(Marco ve a Mila.)

MARCO. Buenas tardes. ¿Es usted la hija de los Lenoir? Sus padres están en el vestíbulo.

MILA. ¿Ya? La boda es a las cuatro.

MARCO. Han llegado pronto. Muy pronto. Su madre ha traído bocadillos para todo el mundo. Su padre me ha preguntado tres veces si llevaba la corbata recta. La llevaba. Y su madre me ha preguntado dos veces si usted ya había llegado.

MILA. ¿Y qué le ha contestado?

MARCO. Que no había visto a nadie. No sabía si usted quería que la vieran.

MILA. Treinta años de retraso y dos horas de adelanto. Típico de ellos.

MARCO. ¿Les digo que esperen?

MILA. Saben hacerlo.

(Marco sale, arrastrando tras de sí el cable del teléfono.)

MILA. ¿Es él?

CAMILLE. ¿Quién?

MILA. Granville.

CAMILLE. Marco lleva la recepción desde hace veinte años. Ha pedido una plaza en Granville, junto al mar. Si dice que sí esta noche, se va en septiembre.

MILA. Eso no se lo he preguntado. ¿Y nadie lo retiene?

(Una pausa. Camille cierra el registro.)

CAMILLE. Doce años casando a gente en esta sala. Y él siempre está ahí, al fondo, junto a la puerta. Coloca las sillas. Presta su pluma. Siempre tiene un pañuelo para los que lloran, y otro para los que no pensaban llorar. Nunca he dicho nada. Porque mientras no se dice nada, nada se estropea.

MILA. Es exactamente lo que decía mi madre. El año en que se separaron.

Sí, pero

CAMILLE. Ah.

MILA. ¿Quiere el consejo de alguien que no cree en el matrimonio?

CAMILLE. Sí.

MILA. No le deje hacer la maleta. Yo sé lo que es una maleta.

CAMILLE. ¿Y usted? ¿Va a dejar que se casen?

MILA. Me ha dicho que no faltaba ningún papel.

CAMILLE. Ninguno.

MILA. Entonces seré testigo. Sí. Pero no voy a hacer ningún discurso.

CAMILLE. Nadie se lo pide.

MILA. Mi madre me lo pide. Me ha mandado tres modelos por correo. Con faltas de ortografía.

(Mila saca un sobre del bolso, lo mira, lo guarda. Mila se va. Camille mira la puerta, vuelve a coger el bocadillo, no come. Oscuro.)

CUADRO 4 : LA VUELTA

(Las cuatro de la tarde. Rosa y Victor de pie ante la mesa, Mila junto a su madre. Marco cerca de la puerta, con la pluma en la mano. Camille abre el registro.)

CAMILLE. Rosa Lenoir, Victor Lenoir. Buenas tardes.

ROSA. Buenas tardes. Hemos llegado un poco pronto.

CAMILLE. Dos horas.

VICTOR. Nos daban miedo los atascos.

ROSA. Vive a dos calles.

VICTOR. Ahora hay atascos en todas partes.

(Rosa le tiende una carpeta de cartón a Camille.)

ROSA. Todos nuestros papeles. Por duplicado.

CAMILLE. Ya me los mandaron. Dos veces.

MILA. Siempre lo hace todo dos veces.

Sí, pero

ROSA. Así vamos sobre seguro.

CAMILLE. También necesito dos testigos. Y solo tengo a su hija.

ROSA. Iba a venir la panadera. No ha podido cerrar la tienda.

VICTOR. Un sábado, imagínese.

CAMILLE. Ya veremos a la hora de firmar. Antes de empezar, tengo una pregunta que no está en la ley. Me la han pedido.

MILA. No hace falta.

ROSA. ¿Qué pregunta?

CAMILLE. ¿Por qué ahora?

(Rosa mira a Mila. Mila se mira los zapatos.)

VICTOR. Porque me caí por la escalera, en febrero.

ROSA. Se cayó por la escalera.

VICTOR. Me rompí la cadera. Ella vino al hospital. Nadie la había avisado, se enteró por la panadera.

ROSA. La panadera lo sabe todo.

VICTOR. En recepción, la enfermera le preguntó: «¿Usted qué es de él?» Y ella contestó: «Su mujer.»

ROSA. Era más corto. Las visitas se acababan a las siete.

VICTOR. Treinta y tres años después. Por reflejo. Y nadie la contradijo. Vino todos los días durante seis semanas, y todos los días la enfermera me decía: «Ha venido su mujer.» Así que pensé: ya puestos, que sea verdad.

ROSA. Y yo pensé que a mi edad ya no tenía ganas de mentirles a las enfermeras.

CAMILLE. Gracias.

(Camille mira a Mila. Mila no dice nada.)

CAMILLE. Rosa, ¿quiere usted tomar por esposo a Victor, aquí presente?

ROSA. Sí. Pero cada uno en su casa.

VICTOR. Ya lo hablamos, Rosa.

Sí, pero

ROSA. Quiero que quede dicho. Delante del ayuntamiento. Tú te quedas con tu piso, tu tele demasiado alta, tus periódicos en todas las sillas.

VICTOR. Y tú con tus plantas, que me miran cuando como.

ROSA. Los jueves vienes a cenar a mi casa.

VICTOR. Y los domingos vienes tú.

MILA. Como yo. Una semana en casa de uno, una semana en casa del otro.

(Un silencio. Rosa se vuelve hacia su hija.)

ROSA. Mila.

MILA. No, está bien. De verdad. Habéis encontrado el sistema. Os ha costado treinta y tres años, pero lo habéis encontrado.

VICTOR. Cariño...

MILA. He dicho que no iba a hacer ningún discurso.

ROSA. Nadie te obliga.

(Mila saca un sobre del bolso. Saca tres hojas, las mira, las vuelve a doblar.)

MILA. Mamá me mandó tres modelos. El primero empieza por «El amor es paciente». El segundo por «Queridos amigos». El tercero es una receta de clafoutis de cerezas. Creo que se equivocó de hoja.

ROSA. La estaba buscando por todas partes, esa receta.

MILA. Toma. Así que voy a decir el mío. Es corto. Cuando yo tenía doce años, me dijisteis, los dos, en la cocina: «Te queremos, pero ya no podemos vivir bajo el mismo techo.» Me he pasado treinta años creyendo que el «pero» borraba el principio de la frase. Hace un rato he entendido que no. Las dos mitades eran verdad. Así que, papá, los jueves bajarás la tele. Y tú, mamá, dejarás de hacerlo todo dos veces. Menos esto.

(Una pausa. Rosa coge la mano de Mila. Victor saca un pañuelo. Marco le tiende otro.)

CAMILLE. Rosa, vuelvo a empezar. ¿Quiere usted tomar por esposo a Victor, aquí presente?

ROSA. Sí. Sin peros. Bueno, con los jueves.

CAMILLE. Marco, ¿quiere usted...?

Sí, pero

(Silencio. Todos se vuelven hacia Marco.)

MARCO. Sí.

ROSA. ¿Perdón?

VICTOR. Creo que me toca a mí.

CAMILLE. Victor. Perdón. Victor, ¿quiere usted tomar por esposa a Rosa, aquí presente?

VICTOR. Sí. Y él también, por lo visto. Pero yo también tengo una condición.

ROSA. Por teléfono no tenías ninguna.

VICTOR. Se me ha ocurrido en el autobús. Quiero que bailemos. En 1976, tu tío se sentó encima del tocadiscos. Nunca llegamos a bailar.

ROSA. Bailamos en la fiesta del colegio de Mila.

VICTOR. Me estuviste pisando durante toda la canción. Eso no cuenta.

MILA. Para mí sí contaba. Tenía ocho años, os miré bailar hasta el final.

(Una pausa. Victor y Rosa miran a su hija.)

CAMILLE. En nombre de la ley, quedan ustedes unidos en matrimonio. Pueden firmar.

(Marco se acerca con la pluma. Rosa la coge, y luego la deja sin firmar.)

ROSA. No.

MILA. Mamá.

ROSA. No firmo hasta que no se termine la frase. «Marco, ¿quiere usted...?»
¿Qué?

CAMILLE. Ha sido un error.

ROSA. Yo cometí un error en 1993. Sé muy bien cómo es un error. Y no es así.

VICTOR. Tiene razón. Suele tener razón, es agotador.

ROSA. He esperado treinta y tres años para volver a casarme. Puedo esperar dos minutos.

(Una pausa. Camille rodea la mesa y se coloca frente a Marco.)

CAMILLE. Marco, ¿quiere usted no irse a Granville?

Sí, pero

MARCO. Sí. Pero...

CAMILLE. ¿Pero?

MARCO. Pero necesito un motivo. Para la carta. Siempre piden un motivo.

CAMILLE. Motivo: sin usted, el ayuntamiento nunca sabrá dónde se guardan las sillas.

MARCO. Se queda un poco corto.

CAMILLE. Motivo: alguien, aquí, querría ir al baile esta noche. No sabe bailar. No sabe decirlo. Y ha tardado veinte años en terminar una frase.

MILA. Eso sí es un motivo.

MARCO. Entonces me quedo.

VICTOR. ¿Podemos firmar ya?

ROSA. Espera. ¿Ustedes dos se tratan de usted?

MARCO. Desde hace veinte años.

CAMILLE. Veinte años, y ni una sola vez mi nombre. «Buenos días.» «Perdone.» «La pluma de las firmas.» Nunca mi nombre.

ROSA. Ah, no. Esa es mi condición. No firmo hasta que no lo haya dicho.

(Una pausa. Marco deja la pluma sobre la mesa.)

MARCO. Camille.

(Un silencio.)

CAMILLE. Otra vez.

MARCO. Camille. Tú...

CAMILLE. Sí. Pero el resto, en el baile.

(Rosa firma. Victor firma. Mila coge la pluma, duda, firma.)

CAMILLE. Sigue faltando el segundo testigo.

ROSA. Él. Sabe decir que sí, lo hemos oído.

MARCO. ¿Yo? Veinte años tendiendo la pluma. Nunca he firmado.

VICTOR. Siempre hay una primera vez.

Sí, pero

(Marco firma. Por la ventana sube una música desde la plaza: empieza el baile.)

ROSA. Victor, ¿bailas?

VICTOR. Mal.

ROSA. Yo también. Llevo cincuenta años esperando esto.

(Rosa y Victor salen del brazo, Mila detrás de ellos. Marco le tiende la pluma a Camille. Camille coge la pluma, y la mano de Marco con ella. La música sube. Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabájalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.